



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

TESA

EL DESPACHO DE DON BALTASAR
DE GARCIHERREROS

PILAR MOLINA LLORENTE

edebé

PILAR MOLINA LLORENTE

TESA

EL DESPACHO DE DON
BALTASAR DE GARCIHERREROS

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL



edebé

Novela ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil, según el fallo del Jurado compuesto por: Xavier Brines, Victoria Fernández, Anna Gasol, Rosa Navarro y Robert Saladrigas.

© Pilar Molina Llorente, 2013

© Edición: EDEBÉ, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

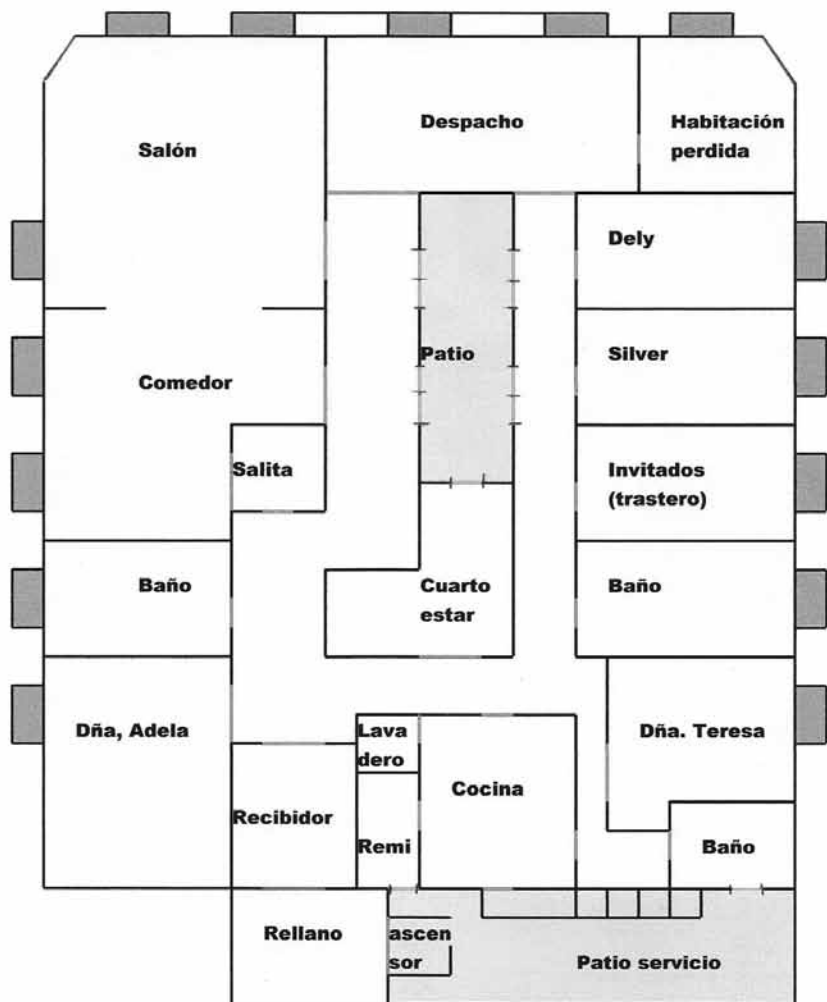
Dirección de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia
Diseño de colección: César Farrés
Fotografía: CORBIS

ISBN: 978-84-683-0898-2
Depósito Legal: B. 2727-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Flavia, viajera de extrañas dimensiones.

PISO DE LAS ABUELAS



Capítulo uno

Llevaba casi un mes durmiendo en aquella habitación y todavía me sentía extraña. Mi abuela me había repetido varias veces que podía cambiar todo lo que quisiera.

—Mete en unas cajas lo que quieras quitar y se lo das a Remi, para que lo ponga en el trastero.

Pero yo no sabía por dónde empezar. Aquel dormitorio estaba lleno de adornos, cuadros, estanterías repletas de muñecas polvorientas y pequeñas cajas cubiertas de conchas y mesitas y mueblecitos abarrotados de velas, figuritas, recuerdos de viajes... y claro, mi maleta continuaba a medio deshacer, en el fondo del armario. El ordenador, mi música y mis libros se apilaban en cajas y bolsas en un rincón de aquella enorme habitación que había sido el dormitorio de tía Dely durante más de veinticinco años.

Esa noche, antes de cenar, había hablado por el móvil con mi hermano más de media hora y sabía que mamá estaba bien y él muy atareado y lleno de ilusión por su próximo partido de tenis. También estaba segu-

ra de que papá se sentía feliz en sus andanzas por el océano, en su nuevo trabajo de buscatesoros pero...

Había cenado a gusto: un bol de aquella deliciosa sopa de calabaza que preparaba Remi, y una rebanada de bizcocho de pasas con leche. La casa estaba silenciosa. Hacía un buen rato que se había apagado el murmullo de la televisión de mi abuela y sólo se oían en la calle, de vez en cuando, las voces de los transeúntes, la mayoría turistas, que reían o comentaban.

No soy miedosa y no era miedo lo que me daba aquel enorme piso, de más de cien años, que añoraba sus grandezas muy cerquita de la plaza de Oriente. Me daba respeto, aburrimiento y rabia; rabia porque me sentía engañada.

—Ya verás —había asegurado mamá, muy nerviosa, mientras preparaba mi maleta—, estarás muy bien con la abuela. Es muy cariñosa, ya lo sabes, y sólo será un tiempo. Papá estará para todo lo que necesites y no perderás a tus amigas, apenas cambiarás de ambiente.

Repasó de nuevo los vacíos cajones de mi cómoda para esconder su cara de la mía y añadió con voz temblorosa:

—Ya eres mayor. Además, esta situación pasará enseñada, antes de que te des cuenta. Nos reuniremos en vacaciones y... bueno, todo sea por Mateo, ¿no?

Sí, todo esfuerzo valía la pena por mi hermano. Mateo jugaba muy bien al tenis desde que era pequeño. Por mucho que busque en mi memoria, siempre le recuerdo con una raqueta. Destacaba por su facilidad y su aguante desde que pudo correr sin caerse. Al principio jugaba en el club de nuestra urbanización;

luego, tomó clases fuera del horario del colegio; después fueron también los fines de semana y los partidos entre colegios y, al final, llegó la beca para Barcelona. Si nada se torcía, Mateo podía tener un gran futuro en el tenis. Y no iba a ser yo quien lo torciese poniendo obstáculos a la ilusión de mi hermano. Por eso estaba en aquella altísima cama de aquella enorme habitación de oscuros rincones.

Miré hacia el pasillo. A mi abuela no le gustaba que las habitaciones estuviesen cerradas de noche y aquella estrecha garganta que recorría la casa haciendo giros y recodos me daba intranquilidad. Aun dentro de su profunda oscuridad, me parecía ver a veces como si una forma más oscura todavía cruzase a velocidad vertiginosa. Me tapé con la escurridiza colcha de seda, aunque la noche estaba bochornosa y algún centelleo en los cristales presagiaba tormenta.

No, no soy miedosa, pero aquella casa de altos techos y pesados cortinones me sobrecogía.

—Te acostumbrarás enseguida —había dicho mamá—. Ya conoces la casa de la abuela Teresa, es un piso magnífico y en el Madrid de los Austrias. Con lo que te gustan la arquitectura y la decoración, te encantará.

Me gusta la arquitectura. Me aficioné mientras mi hermano entrenaba los fines de semana, en aquellos largos paseos con mi padre y su amigo Charlie en los que casi la única conversación era sobre los edificios, los estilos, las formas..., y a través de ellos, sobre nuestra historia, que Charlie conoce mejor que mi padre, a pesar de ser americano. Me interesa tanto

que, si consigo una buena nota en el Bachillerato, haré arquitectura en la universidad y... si no llego a tanto, haré decoración. Me parece apasionante equilibrar formas y colores, luces y espacios... y me encantan los muebles, los adornos y las antigüedades.

La noche, como cada noche de los días anteriores, se arrastraba despacio por el techo, apenas iluminado por el reflejo de una farola. A veces, la estela de los faros de un coche parecía lamer el enorme globo blanco de la lámpara.

Mis pensamientos también se arrastraban en silencio, pasando de la rabia por cómo había cambiado mi vida, al rencor contra mis amigas. Ya no me llamaban y no contaban conmigo para salir desde que supieron que me venía a casa de mi abuela y que había cambiado de instituto.

A veces, me perdía en pequeños detalles de mis recuerdos y acababa llorando despacito al pensar que otra persona ocupaba mi cuarto en nuestro chalé, que mis padres habían alquilado amueblado; que otra chica dormía en mi cama y usaba mi cómoda; que otras personas reían en nuestro columpio y se bañaban en nuestra piscina...; que otra familia ocupaba nuestro espacio.

—La vida es cambio continuo —me había dicho Charlie el día que me quejé a papá por haber alquilado nuestra casa—. Hay que afrontar las cosas como vienen. Ningún minuto es igual al anterior ni al siguiente. Piénsalo, Tesa. Todo lo que está vivo cambia.

Cambio continuo, pero desde hacía tres semanas parecía que el tiempo me había tragado y me tenía

inmóvil, como aquellas muñequitas vestidas de encajes deshilados, que se agolpaban en la estantería de tía Dely.

Un reloj dio las tres y, con pocos segundos de diferencia, le contestaron otros relojes en distintos puntos de la noche.

Escuché con atención. En mis últimos insomnios había observado que a partir de las tres de la madrugada, se despertaban los crujidos, los roces y los chasquidos. Parecían saltar del techo a los muebles y rebotar de una pared a otra como en una extraña conversación y, como si fuese un eco, le contestaban los pequeños estallidos de las molduras que enmarcaban el techo del salón y otros chasquidos más ligeros en el pasillo de la cocina, en los zócalos de madera oscura, en las galerías torneadas que remataban las cortinas... De tanto escuchar, podía distinguir lejano el ronquido resoplado de Remi y la tosecita nerviosa de mi bisabuela, que dormía, casi sentada entre almohadones, en la primera habitación de la entrada.

—Estas casas son de madera —me había explicado mi abuela cuando le comenté los ruidos nocturnos—. Los pilares, las vigas, los forjados..., todo es de madera. Por la noche, cuando cambian la temperatura y la presión, se dilatan o se contraen y, claro, chascan. Es normal, te acostumbrarás enseguida y no lo oirás.

Pero yo lo seguía oyendo y no sólo los chasquidos, sino también algún roce, tan ligero, que no lo podía retener en la memoria para tratar de investigarlo; o un misterioso goteo que me lanzaba a crear un plano en mi imaginación, buscando las bajantes de los baños o el

paso de las dormidas tuberías de la calefacción. Pero lo que más me inquietaba era aquel siniestro chasquido que todas las noches, entre las tres y las tres y media, me sobresaltaba. Era un sonido más fuerte que todos los demás crujidos de la casa y parecía resonar durante unos segundos, con un tono metálico.

Mis sentidos se abrían buscando una explicación. El piso era muy grande, más de trescientos metros, como recordaba la abuela siempre que se hablaba de pisos, de gasto de luz, de decoración, de limpieza..., pero aun así, aquel chasquido sonoro parecía más propio de un castillo o de una catedral que de un piso de ciudad.

Yo repasaba mentalmente todas las cosas que podían producir aquel sonido; ya lo había hecho otras noches sin encontrar ninguna respuesta.

Las puertas eran muy altas y tenían un montante de cristal que se abría para ventilar o refrescar las habitaciones en verano, pero los chasquidos de las puertas ya los conocía. Las maderas del suelo tenían un chasquido corto y seco, los zócalos sólo se rascaban, el destartalado ropero de la habitación de tía Dely se estremecía... Además, aquel sonido que se deshacía en ecos parecía venir del pasillo.

En realidad no conocía la casa. No sabía qué había a un lado y otro del oscuro pasillo que veía desde la cama. No me había preocupado de saber adónde conducía el recodo empapelado en grises que se hundía antes de llegar a la cocina, o qué había en aquellas dos puertas que tenía que pasar para llegar desde el cuarto de tía Dely hasta el cuarto de baño. ¿Para qué conocer una

casa tan grande en la que no quería estar? Ni siquiera me atraía su antigua distribución ni la posibilidad de cambiar su abigarrada decoración.

Estaba cansada, aburrida, harta. Giré la cabeza hacia el balcón abierto, buscando el único punto de luz de la habitación y dejé que la tristeza y la impotencia rodaran por mis ojos y los fueran cerrando poco a poco. De pronto, un relámpago sordo iluminó por un momento la habitación y dibujó, a contraluz, una pequeña figura a los pies de mi cama. El corazón me dio un salto, mi mente se preguntaba si lo había visto o lo había imaginado. Si era una ensoñación de mi cansado duermevela o, realmente, había alguien al pie de mi cama. Alargué la mano bajo la almohada, con cuidado para no mover la colcha, y presioné la pera de madera que encendía la lámpara del techo.

¡Allí estaba! Fue sólo un segundo porque, de alguna manera, desapareció; pero tuve tiempo de ver sus ojos rojizos fijos en mí con asombro y la silueta de una cabeza achatada, en la que se dibujaban unas orejas puntiagudas.

Me quedé inmóvil, con la luz encendida y aún con el interruptor en la mano. ¿Realmente lo había visto? ¿Qué había visto? Tal vez era un animal. Quizás mi bisabuela, que apenas salía de su cuarto, tenía un perro o algún otro tipo de mascota.

En el tiempo que llevaba en la casa, me había mantenido alejada de todo, como una invitada, sin consentir que la forma de vida y las costumbres de aquellas tres mujeres me llegasen. Ni siquiera me había permitido que me importasen lo más mínimo.

¿Qué sabía yo de aquella señora de casi noventa años, que arrastraba una zapatilla más que otra en sus paseos al cuarto de baño o al cuarto de estar? ¿Qué sabía de mi abuela, fuera de su preocupación por el orden y por que comiese con cuidado para no engordar? ¿O de Remigia, la señora que servía a mi abuela y a su madre desde hacía tantos años?

Impresionada por lo que acababa de ver o de soñar, aún no estaba segura, me di cuenta de que había pasado el tiempo esperando que todo volviese a su estado anterior; que por arte de magia, pudiese estar de nuevo en mi casa, montando en bicicleta por la urbanización, peleándome con Mateo o paseando con mis amigas. Esperando algo que no volvería, por más que mis padres asegurasen que sí.

¿Un perro? Demasiado grande para ser un perro. La figura que había visto era más alta que la cama de tía Dely, y eso que tenía dos colchones; cuando me sentaba en el borde, no me llegaban los pies al suelo. Claro que hay perros muy altos y grises... ¿Gris verdoso? Recordaba aquella visión como verde, pero no un verde menta o un verde agua; era un verde plomo, como el abrigo austríaco que mi padre usaba año tras año y que mamá odiaba porque no se gastaba nunca. Y... si era un perro, ¿cómo había desaparecido de repente? Si hubiera salido de la habitación, le habría visto dar toda la vuelta a la cama y huir por el pasillo. Hubiera podido seguirle con la mirada, pero no, aquella cosa había desaparecido de repente en medio de la luz del enorme globo que dominaba toda la habitación. Tal

vez, se había metido debajo de la cama. Los gatos son rápidos y silenciosos pero... demasiado grande para ser un gato. ¿Un mono?

La idea de que aquella cosa pudiese estar acurrucada debajo de la cama me llenó la sangre de hormigas. No podía quedarme así, inmóvil y asustada hasta que se hiciese de día y viniesen a ver por qué no salía a desayunar. Tampoco podía gritar llamando a la abuela o a Remi, sería ridículo en una chica de quince años. Además, aquélla era una casa de vecinos y desde pequeños, sabíamos que no se podía levantar la voz. La abuela era muy tajante en eso.

—Las personas bien educadas no hacen ruido —solía decir—. La elegancia consiste en no hacerse notar.

Nadie se hacía notar en aquella casa. Hasta la tele se ponía bajita para no alterar la calma. ¿Cómo iba a gritar?

Respiré hondo y me senté en la cama con cuidado para no hacer nada que pudiera espantar al intruso. No me apetecía poner los pies en el suelo hasta no estar segura de qué había debajo de la cama. Por eso decidí que lo mejor era asomarme desde arriba. Miré primero alrededor, buscando la posibilidad de que aquella cosa se hubiera escondido en alguno de los rincones de la habitación y, finalmente, me asomé bajo la cama y levanté la colcha. No había nada extraño; las baldosas de colores brillaban resbalando la luz, hartas de cera.

¿Podía haber salido por el balcón? Seguro que le habría visto; desde la cama al balcón había más de dos metros. Además, el piso de mi abuela era lo que

antiguamente se conocía como un principal, que equivale a la altura de un segundo piso en una casa como aquélla, en la que cada piso era como uno y medio de alto. Imposible que aquel perro o lo que fuese hubiera saltado por el balcón. Entonces... ¿dónde se había metido? ¿Cómo había desaparecido ante mis ojos?

Me acurruqué de nuevo en la colcha. Me temblaban las piernas, tal vez porque se había levantado un poco de fresco, pero... por nada del mundo me habría aventurado a cerrar el balcón.

Me cubrí la cabeza y me hice un ovillo decidida a esperar a que se hiciese de día. Y sin darme cuenta, me quedé dormida con la luz encendida y el balcón abierto de par en par.